



CLAVES FILOSÓFICAS DE LA IDEOLOGÍA WOKE

CARLOS JAVIER ALONSO



CARLOS JAVIER ALONSO

CLAVES FILOSÓFICAS DE LA IDEOLOGÍA WOKE

ARGUMENTOS PARA EL SIGLO XXI



Colección: Argumentos para el siglo XXI

Director de la colección: Gonzalo Nadal

Claves filosóficas de la ideología woke

© Autor: Carlos Javier Alonso

© Digital Reasons, 2023

www.digitalreasons.es

info@digitalreasons.es

Serrano, 51 - 28006 Madrid (España)

Diseño de cubierta e interior: Digital Reasons.

ISBN (papel): 978-84-948502-8-8

ISBN (digital): 978-84-949317-7-2

D.L.: M-17372-2023

Ficha bibliográfica: Alonso Gutiérrez, Carlos Javier (2023):
Claves filosóficas de la ideología woke. Madrid, Digital
Reasons.

Imprime: Podiprint.

Impreso en España - Printed in Spain

Las afirmaciones incluidas en el libro son responsabilidad exclusiva de los autores. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

ÍNDICE

Introducción	7
1. La cultura de la cancelación y el desafío woke	17
1.1. Orígenes del wokismo.....	17
1.2. Ideologización de la Universidad.....	29
1.3. Definición etimológica y real	35
2. El activismo woke.....	47
2.1. La cancelación de Jordan Peterson	47
2.2. Otras cancelaciones	60
2.3. Censura, autocensura y libertad de expresión	80
3. Corrección política y policía del lenguaje.....	93
3.1. La corrección política.....	93
3.2. Policía del lenguaje	113
3.3. El lenguaje inclusivo.....	118
4. Victimización y ofendidismo.....	129
4.1. La discriminación positiva	129
4.2. Victimización	131
4.3. Ofendidismo	145
5. Ideología woke: totalitarismo e intolerancia	163
5.1. Los rasgos de la ideología woke	163
5.2. Técnicas de imposición.....	175

5.3. El dogmatismo woke.....	183
6. Racismo, antirracismo y teoría crítica de la raza	191
6.1. Racismo y antirracismo	191
6.2. Política de identidad	198
6.3. La teoría crítica de la raza	225
7. El feminismo en su historia.....	247
7.1. Feminismo liberal	247
7.2. Feminismo marxista y radical	252
7.3. El feminismo «queer».....	265
8. Del homosexualismo al transexualismo	279
8.1. El homosexualismo en su historia	279
8.2. El lobby homosexual.....	300
8.3. El transexualismo a examen	317
9. Claves filosóficas de la ideología woke	349
9.1. Raíces marxistas.....	350
9.2. Raíces posmodernas	384
9.3. La ideología de género	389
Bibliografía básica	401

*«Llegará el día en que será preciso
desenvainar una espada
para afirmar que el pasto es verde»*

Gilbert K. Chesterton

Introducción

Aparentemente, las condiciones actuales de nuestras democracias están a años luz de los sistemas de terror del nazismo y del comunismo. Sin embargo, podemos ver que nuestra libertad está siendo cada vez más limitada por la censura y especialmente por la autocensura. Las personas que antes lo perciben son aquellas cuyos valores se interponen en el camino de las estrategias de los poderosos. Ciertamente, no podemos identificar ningún sistema de gobierno que luche visiblemente por dominar el mundo, pero existen redes mundiales que siguen una agenda común.

Parece que no hay una ideología impuesta por el Estado, pero es una falsa ilusión: la nueva ideología woke –entre otras– está firmemente establecida en la política y en las universidades de Occidente, si bien a veces funciona entre bastidores. Aunque mucha gente común no conozca aún el término «woke», toda la sociedad está siendo sometida a esta nueva imposición. El totalitarismo ha cambiado de chaqueta y ahora aparece con el manto de la libertad, la tolerancia, la justicia social, la igualdad, la no discriminación y la diversidad, pero en realidad se trata de términos deliberadamente trucados y distorsionados.

En las últimas décadas del siglo XX, era costumbre tranquilizarse repitiéndose uno mismo que tal moda ideológica estaba destinada a desaparecer. En París se creía, incluso, que semejante delirio no atravesaría el Atlántico. No fue así en absoluto. Lo políticamente correcto se ha institucionalizado, multiplicando los departamentos y programas universitarios basados esencialmente en el rechazo a la civilización occidental. Ahora es la ley en la universidad estadounidense. La cultura woke es el punto de llegada de este movimiento y ya nadie puede creer que sea circunstancial ni marginal.

En efecto, a partir de un momento dado, la cultura woke salió de los confines de los campus universitarios y se expandió en forma pandémica. Más que eso, se impuso en el

corazón de la vida pública a ambos lados del Atlántico. Sus conceptos se han normalizado en el vocabulario mediático y en el discurso político y empresarial. Colonizan el imaginario colectivo o, al menos, sus expresiones autorizadas. Sus militantes se encuentran en puestos de responsabilidad incluso en el seno de la administración municipal y se han convertido también en sus cómplices y promotores.

Todo el poder de la ideología woke proviene de su manipulación orwelliana del lenguaje: sus teóricos y militantes han inventado una neolengua de la diversidad que funciona a modo de trampa ideológica. Su estrategia es transparente, e incluso en algunos casos presumen de ella: consiste en apropiarse de una palabra que sea objeto de reprobación universal y asignarle una nueva definición, de la cual afirmarán que cuenta con respaldo científico porque ha sido legitimada por activistas disfrazados de expertos que revolucionan los departamentos de ciencias sociales. Abundan los ejemplos, ya se trate de racismo, de la supremacía blanca –el nuevo pecado original–, de la discriminación o incluso del discurso del odio. Con demasiada frecuencia, comentaristas u observadores de buena fe se dejan engañar. Horrorizados con razón por la significación tradicional de estas palabras, no se dan cuenta de que ya no se refieren a la misma realidad.

Así, en la perspectiva woke, el racismo ya no designa una ideología que aboga por la discriminación racial o la jerarquización de los grupos humanos según un criterio racial. Justo al revés, designa el rechazo a definir a las personas en función del color de su piel, y acusa de «daltonismo racial» o de «ceguera ante el color» a quienes no están dispuestos a admitir la racialización de las relaciones sociales. El colmo del racismo sería así el universalismo, la doctrina que trata a todos por igual y que –según la nueva ortodoxia– sirve de máscara para los intereses de la «mayoría blanca». Obviamente, ya no será trascendiendo la «raza» como se luchará contra el racismo, sino sobrevalorando la conciencia racial como forma primigenia de la identidad colectiva. El antirra-

cismo que reivindica se convierte así en un racialismo sin complejos.

En cuanto a la supremacía blanca, ya no se refiere a movimientos como el Ku Klux Klan o a sus sucesores, sino a la estructura profunda de las sociedades occidentales. Así, en Francia, la extrema izquierda racialista asimila la laicidad a la supremacía blanca. También afecta al concepto de «discriminación». Para los ideólogos woke, la discriminación consiste en tratar a todo el mundo por igual. Y a la inversa: elegir a alguien, siempre y cuando se le considere racializado en función del color de su piel, no sería discriminatorio. Por último, el odio sería unidireccional: sólo la mayoría practica el discurso del odio, porque rechaza la forma en la que definen a las minorías los líderes –a menudo autoproclamados– que dicen representarlas. Estamos, pues, ante un sistema ideológico que funciona invirtiendo el significado de los conceptos que reivindica. Por higiene intelectual sería bueno analizar detenidamente el vocabulario woke.

Como ya se habrá comprendido, en el corazón del wokismo es el hombre blanco quien encarna el mal absoluto. Radicaliza lo políticamente correcto, pasando de criticar al «hombre blanco muerto» a criticar al hombre blanco vivo, quien, para poder ser reeducado, debe entregarse a una autocritica permanente: una forma de expiación sin redención, porque las patologías constitutivas de su identidad estarían hasta tal punto inscritas en los procesos de socialización que lo definen, que jamás podrá superarlas del todo. Pero, al menos, denunciándose a sí mismo, criticando sus privilegios y haciendo todo lo posible para convertirse en el aliado de las «minorías», enviará la señal penitente que se espera de él. Solamente así conseguirá reencontrar su humanidad, o al menos podrá tender a ello. Podrá además mostrar su gratitud a los miembros de las minorías que le hayan permitido caminar hacia su «desblanquización».

En un artículo en *La Nef*, el sociólogo y ensayista canadiense Mathieu Bock-Côté advertía que «la ola woke parece llevárselo todo por delante. Pero es imprescindible plantear una firme resistencia. Y no se podrá hacer mientras no se

logre desvelar su estrategia de manipulación del lenguaje, que nos introduce en un mundo paralelo, un mundo lleno de definiciones alternativas, que trunca la relación con lo real y nos obliga a ir evolucionando según los dictados de ideólogos acusadores que consideran que quienes les plantan cara merecen el destierro social: con razón se habla de cultura de la cancelación».¹

Igualmente, Bock-Côté denuncia la intolerancia del wokismo, donde «el adversario se presenta como el enemigo de la humanidad. Es un xenófobo, un racista, un odiador. Debemos levantar una cruzada contra él. Cabe precisar que esta ideología ya no se limita a la universidad, sino que se despliega en los medios de comunicación, e incluso, y quizás, sobre todo, en las grandes empresas que se transforman en talleres de reeducación ideológica como vimos con Coca Cola, donde se impuso la capacitación a los empleados para aprender a ser ‘menos blancos’».² Y concluía asegurando que «esto implica también que no hay que contentarse con oponer al fundamentalismo woke una simple referencia al sentido común. Ante este impulso ideológico violento que ejerce una especie de hechizo sobre las nuevas generaciones –quienes a menudo no conocen otro lenguaje que ese y se socializan íntegramente a través de las redes sociales, donde lo woke es dominante–, es preciso volver a los principios fundamentales sobre los que se apoya la civilización que quiere aniquilar».³

El uso de la palabra es fundamental para que el militante woke pueda imponer sus ideas, ya sea mediante la repetición de mensajes como si fuera un mantra ya por el abuso de la demagogia para convertir cualquier tema de discusión en un asunto capital sobre el que habrá que situarse al lado del bien –es decir, su lado– o del mal. A efectos prácti-

1 Bock-Côté, Mathieu: «Résister au ‘wokisme’», *La Nef*, nº 334, marzo de 2021.

2 Ídem: «Ils veulent qu’on apprenne à se ‘déblanchiser’», *L’Imper’média*, 20 de abril de 2021.

3 Ídem: «Résister au ‘wokisme’», op. cit.

cos, colocarte en contra de la ideología woke te llevará a ti a ser el culpable de todos los males del mundo. El uso de la demagogia supone una utilización torticera de los buenos sentimientos de las personas con el mero objetivo de hacer prevalecer una opinión, la suya. En el debate, además, no se admitirán evidencias, datos, estadísticas ni hechos. Todo ello atenta contra lo que el provocador woke necesita demostrar haciendo uso de descalificaciones «ad hominem».

A lo largo de los años la ideología woke ha demostrado, y perfeccionado, una habilidad tremenda para encontrar culpables. Además, dispone de una serie de elementos que siempre funcionan como presuntos culpables: Estados Unidos, la blanquitud, el cristianismo o el neoliberalismo son los habituales. Porque para el woke todo vale, menos reconocer que quizá son ellos los que meten la pata y los que tienen la culpa de promover una ideología política trasnochada y a todas luces ineficaz.

En línea con los dogmas del pensamiento único políticamente correcto, el wokismo usa el lenguaje de la democracia para corromperlo y degradarlo. Su acción es especialmente sutil porque es difícil de refutar a primera vista: ¿quién puede oponerse a la condena del racismo, la injusticia social o la violencia doméstica? La trampa radica en el hecho de que la ideología woke aspira a una conclusión definitiva, a la formulación de una pregunta final para la que sólo hay una respuesta.

A la vista de sus métodos, el filósofo y profesor británico John Gray compara a los «insurgentes woke» con los bolcheviques que tomaron el poder en 1917, y les acusa de querer «imponer una visión única del mundo mediante el uso pedagógico del miedo».⁴ Gray no niega los crímenes fundacionales de EE.UU. -la esclavitud de los negros y la confiscación de las tierras de los pueblos indígenas-, pero duda de que el antagonismo racial, el resentimiento y la anarquía puedan traer algún tipo de redención. Más bien,

4 Gray, John: «The woke have no vision of the future», *UnHerd*, 17 de junio de 2020.

lo contrario: «El rechazo de las libertades liberales aboca a la tiranía de la turba justa».⁵

¿Cómo hacer frente a esta ideología? A lo largo de su *Manual del buen ciudadano para comprender y resistir a la cultura de la cancelación*, Jorge Soley no se limita a la descripción negativa de los rasgos que caracterizan a este complejo ideológico, sino que ofrece algunos útiles consejos para hacerle frente.

1º) Nunca te disculpes ante el acoso woke.

Y el primero es no pedir perdón. La cancelación «opera a través de la humillación que supone la disculpa pública por la que debe pasar el cancelado», que además «da un sello de veracidad al proceso cancelador», explica el autor. En su opinión, ceder ante los chantajes de pedir perdón es comparable al momento «en que la víctima va voluntariamente a la muerte; más letal que la acusación inicial es la disculpa, que equivale a admitir la culpa moral»; ya que «al pedir disculpas a tus verdugos aceptas la acusación y avisas de que no vas a morder la mano que te estrangula, con tal de que te dejen morir en silencio». La lección, añade, es obvia: «No juegues a su juego, jamás te disculpes ante el acoso cancelador. Puede resultar difícil, pero de este modo la víctima puede preservar su dignidad sin convertirse en un pelele en manos de la turba woke enfurecida».

2º) Rechaza siempre la mentira.

Para hacer frente a la cultura woke, Jorge Soley anima a «rechazar siempre la mentira» que implican sus propuestas y acusaciones y a «negarnos a llamar de una determinada manera algo que en realidad no es así, sin caer nunca en la trampa de hablar con sus términos. Si nos negamos a mentir, si rechazamos su juego, su andamiaje de mentiras empezará a tambalearse».

5 Ibídem.

3º) Di lo que ves, sé valiente.

El tercer aspecto necesario para enfrentarse a la cultura de la cancelación pasa necesariamente por «no mentir, decir lo que uno ve y atreverse a mirar sin orejeras ni filtros». Es decir, la presencia de «valientes que quiebren el consenso de mentiras sobre el que se asienta la cultura woke y que con sus gestos den pie a una dinámica liberadora». «Todos los asuntos de la agenda woke están interconectados y forman parte de un gran monstruo, responsable de todas las opresiones que en el mundo han sido, son y serán y al que debemos combatir sin cesar», concluye.⁶

La desintoxicación es difícil, en la medida en que vivimos en un mundo en el que los «media» —y la palabra «media» es, en sí, un barbarismo políticamente correcto— han adquirido una importancia desmesurada y son precisamente estos los encargados del contagio masivo. La primera precaución consiste en tomar conciencia de que lo políticamente correcto existe y que circula sobre todo a través de nuestro vocabulario. Por consiguiente, hay que tomar conciencia de que el «yo» forma parte de un «nosotros» y de que ese «nosotros» debe proteger al «yo» contra el «se dice...» políticamente correcto. La segunda cautela consiste en poner en práctica la conciencia de renuncia a toda terminología políticamente correcta y a las ideologías sobre las que se apoya. Por ejemplo, hay que decir «aborto» en lugar de «interrupción del embarazo», «despido masivo de trabajadores» en vez de «ajuste de personal», «genocidio» en vez de «limpieza étnica», «mujer», en vez de «persona menstruante», «víctimas civiles», en vez de «daños colaterales», etc.

Es necesario, asimismo, prevenirse contra el mimetismo de hablar como los demás, porque el vocabulario políticamente correcto es el principal vehículo de contagio. En cualquier caso, hay que afirmar que lo políticamente correcto es una fe débil y que, como tal, no resiste a una enérgica aplicación del espíritu crítico. No hay que ser sumisos a los

6 Soley, Jorge (2022): *Manual del buen ciudadano para comprender y resistir a la cultura de la cancelación. El libro de los cancelados*, Fundación Universitaria San Pablo CEU, Madrid, pp. 93-94.

sentimientos y opiniones generalizados: el espíritu contradictorio más indómito vale siempre más que la aceptación ingenua del pasto mediático.

Lo políticamente correcto prepara el terreno de forma ideal para las operaciones de desinformación y para la expansión de la mundialización. Cuando todo el mundo crea que las verdades pueden ser objetos de trueque, de que no existen ni verdades ni mentiras, el mundo estará preparado para recibir la misma propaganda, de participar de la misma opinión pública fabricada para consumo universal. Y esta opinión pública aceptará cualquier acción, incluidas las más brutales, que indefectiblemente irán en beneficio de los manipuladores.

En 2020 se firmó un documento publicado en el sitio web de *Harper's Magazine* el 7 de julio de 2020, que critica lo que denomina «antiliberalismo», que se extiende por toda la sociedad. La carta lanza argumentos contra la «intolerancia hacia los puntos de vista opuestos, la moda de la vituperación pública y el ostracismo, y la tendencia a disolver problemas políticos complejos con una certeza moral que enceguece». La carta está firmada por 153 personas, en su mayoría académicos y escritores, incluyendo académicos de la Universidad de Harvard, la Universidad Yale, la Universidad de Princeton y la Universidad de Columbia. Los firmantes notables incluyen al lingüista Noam Chomsky, los escritores de ficción J. K. Rowling, Salman Rushdie, Margaret Atwood, Martin Amis, John Banville, Daniel Kehlmann y Jeffrey Eugenides, el campeón mundial de ajedrez Garry Kasparov, el politólogo Francis Fukuyama, la feminista Gloria Steinem, el psicólogo cognitivo Steven Pinker, los periodistas Fareed Zakaria, Malcolm Gladwell y Anne Applebaum, entre otros.⁷

También recibió apoyo de varias personalidades españolas, entre las cuales se encuentran Mario Vargas Llosa, Fernando Savater, Adela Cortina y Carmen Posadas, quie-

7 VV.AA.: «A Letter on Justice and Open Debate», *Harper's Magazine*, 7 de julio de 2020.

nes expresaron que «La cultura libre no es perjudicial para los grupos sociales desfavorecidos: al contrario, creemos que la cultura es emancipadora y la censura, por bienintencionada que quiera presentarse, contraproducente».⁸

Posteriormente, han sido otros 46 intelectuales quienes han suscrito la «Declaración de Filadelfia», en la que defienden el libre intercambio de ideas como principal medio para alcanzar una sociedad justa y plural. Entre ellos se cuentan algunos de perfil conservador, como Robert P. George, Mary Eberstadt o Christina Hoff Sommers, pero también otros de ideas liberales -incluso libertarias-, como la activista somalí Ayaan Hirsi Ali, autodeclarada feminista y atea, además de líderes religiosos de distintas confesiones. «Si queremos un futuro mejor -puede leerse en la declaración-, debemos reaprender una verdad fundamental: nuestra libertad y nuestra felicidad dependen de que mantengamos una cultura pública en que la libertad y el civismo coexistan, en la que se pueda disentir radicalmente con otra persona (...) sin convertirte en su enemigo mortal».⁹

Siguiendo con este enfoque «constructivo» de la libertad de expresión, los firmantes recuerdan que este derecho, para ser realmente la «escuela de ciudadanía democrática» que está llamado a ser, implica también una serie de responsabilidades hacia los demás. Entre ellas está la cortesía en la forma de expresar las propias opiniones: «Por supuesto, nuestra idea tradicional de libertad de expresión no es absolutista. No protege comportamientos como la difamación, la grosería, la intimidación o la incitación a la violencia». Sus firmantes declaran su convicción de que «el libre mercado de opiniones es la manera más justa y eficaz de separar la verdad de la falsedad».

Con perspectiva esencialmente optimista, algunos autores se inclinan a sostener que la ideología woke no tiene

8 «Una carta española contra la censura y la cultura de la cancelación». *El Mundo*, 20 de julio de 2020.

9 La Declaración de Filadelfia puede consultarse y descargarse en: www.philastmt.wpenginepowered.com/wp-content/uploads/2020/07/Philadelphia-Statement-Final-Version.pdf

futuro y está llamada a desaparecer más pronto que tarde. Esta opinión la fundamentan en el hecho de la presencia en ella de numerosas paradojas e incompatibilidades. Según su argumentación, tal es el cúmulo de antítesis e incoherencias internas, que la ideología woke no puede subsistir por mucho tiempo, sino que más bien tiene sus días contados.

Aunque nos gustaría que fuese cierta, desgraciadamente nosotros no podemos compartir esta halagüeña predicción. Ciertamente, la ideología woke está sembrada de contradicciones y de paradojas, pero esto no es un dato en favor de su desaparición. Al contrario, no es que sobreviva pese a sus contradicciones, sino que se sostiene sobre ellas y vive gracias a ellas. Las contradicciones le dan marcha —«los woke cabalgan contradicciones»—, y se retroalimentan gracias a ellas. No es que no sepan lo que es una contradicción. Es que las necesitan para su propia supervivencia. No es que las superen en fuerza, sino que les dan la fuerza.

Contra el eterno retorno de la ideología, que hoy toma la forma de la cultura de la cancelación (*cancel culture*), los únicos antídotos siguen siendo el Estado de derecho y la defensa de las libertades, y los ideales de la democracia liberal la única instancia verdaderamente revolucionaria que vale la pena perseguir, sin arrodillarse.

1. La cultura de la cancelación y el desafío woke

1.1. Orígenes del wokismo

Estatuas derribadas, trabajadores despedidos, libros proscritos, iglesias vandalizadas, espectáculos suspendidos, conferencias canceladas, asesinatos civiles, personajes demonizados y, sobre todo, una historia malinterpretada y leída desde una óptica ideológica de izquierda radical son la base en la que se sustenta la cultura woke. Esta corriente nacida en los campus universitarios de EE.UU. bajo una aparente rebelión contra la «opresión», el «odio», el «racismo» o la «discriminación», es una rama pujante de la corrección política que se está imponiendo con fuerza en Occidente, primero en Norteamérica y, desde allí, a muchos otros países americanos y europeos.

Lo que entendemos por «ideología woke» o «cultura de cancelación» responde a una tendencia que es la de silenciar las opiniones que se consideran inoportunas o inmorales fundándose en un determinado paradigma cultural. La novedad respecto a esta cultura tal y como la conocemos ahora es que se hace en nombre de una supuesta idea del bien, de alejar las voces discrepantes, silenciarlas y pasar una factura por errores que supuestamente se cometieron en el pasado y que, sobre todo, tienen poco que ver con la intención de la persona cancelada. Evidentemente no es lo mismo cancelar a una persona por una agresión sexual –reacción que está completamente justificada ante un delito que la ley condenaría–, que cancelarla por un comentario erróneo, mal interpretado o sacado de contexto.

El movimiento woke –afirma Pablo Pérez, catedrático de Historia contemporánea en la Universidad de Navarra–, es la culminación de la trayectoria de los revolucionarios del 68, que hoy están en la cima de su influencia intelectual,

académica y a veces política. El citado profesor considera que la revolución que se vivió en esos años es la más influyente porque afectó a la generación joven más numerosa de Occidente en un momento de prosperidad, paz e influencia internacional con difícil parangón y, sobre todo, porque consiguió generar un importante cambio en los modos de vida.

Ciertamente, no indujo grandes transformaciones en la política en un principio: «los sistemas democráticos siguieron siendo lo que eran y las constituciones no se cambiaron, pero su interpretación sí. No hay más que ver lo que nos ha sucedido años después: que el matrimonio se considere una institución distinta de la unión de un hombre y una mujer sólo es imaginable en sociedades que heredan la revuelta del 68. Casi lo mismo cabe decir de la generalizada aceptación del divorcio sin culpa o de la despenalización del aborto, y esas son cuestiones que afectan a los fundamentos mismos de la vida social. Después del 68, la política ha afectado prevalentemente a ámbitos reservados antes a la vida privada, como la sexualidad o el cuerpo, que eran considerados antes asuntos de la vida privada salvo en los sistemas totalitarios».¹⁰

Si las cosas han ocurrido como comentamos es porque esa revolución dio forma e impulsó una utopía occidental que antes no existía: se dio por bueno que se podía crear una sociedad perfecta, rica, satisfecha, completamente libre, democrática, justa y ejemplar para todo el mundo. Era la solución final al modo occidental. La revolución perfecta, que germinó y creció en EE.UU. y luego floreció en Francia.

Esa idea triunfante en la nueva izquierda norteamericana conectó con el cine, con la publicidad y con la música, los grandes instrumentos de conformación de las mentalidades de esos años, y permeó las sociedades de estos países durante años hasta configurar una corriente cultural dominante que se difunde también a través del sistema educati-

10 Pérez, Pablo: «El movimiento 'woke' es la culminación de la trayectoria de los revolucionarios del 68», Entrevista a cargo de Gema Lendoiro, *El Confidencial*, 3 de abril de 2022.

vo y de las leyes como medios de hacer pedagogía social. Se configuró así una suerte de nueva ideología, dominante ahora en Occidente. El paralelismo entre el mundo americano y el europeo procede de que compartían en gran medida una misma base cultural e histórica, pero sobre todo se explica porque adoptaron un mismo modelo de formas de vida en esos años.

Así las cosas, hay consenso en que la aparición de lo woke en las controversias aparecidas en las universidades estadounidenses durante finales de los años 80 y principios de los años 90 del siglo pasado. En efecto, el virus woke surgió y creció incontenible en las universidades de EE.UU., allí donde habían imperado la indagación científica, la búsqueda de la verdad, la libertad de expresión y el debate intelectual sin restricciones. Ahora, en cambio, abundan los ataques contra la investigación en territorios que los activistas juzgan sensibles, los boicots a los conferenciantes que piensan distinto a lo estipulado por los guardianes de la ortodoxia y los despidos de todos los profesores molestos por cuestiones de índole doctrinal. El fundamentalismo woke ha declarado la guerra total a la biología, la neurociencia, la psicología evolutiva, las aportaciones de la genética y, en general, contra todo lo que no haya sido bendecido por los líderes posmodernos.

La ideología woke, difundida desde las universidades y las redacciones de grandes medios de izquierdas como *The New York Times*, *The Washington Post* o *The Guardian*, ha alcanzado amplia repercusión en la opinión pública y en la cultura popular de dentro y fuera de EE.UU. Sus manifestaciones más llamativas incluyen el derribo de estatuas; la quema de libros de Astérix, Tintín o Lucky Luke; el sándwich LGTB de Marks & Spencer; las matemáticas con perspectiva de género; el pulso entre Disney y el gobernador de Florida, Ron DeSantis, por la ley conocida como «No digas gay»; o el cómic protagonizado por el hijo de Superman, un joven de 17 años que lucha contra el cambio climático, participa en protestas contra la deportación de refugiados y es bisexual. Como se puede adivinar a partir de estos ejemplos,

la revuelta woke no trata solo de luchar contra el racismo. Hay otras causas de por medio. Así, Black Lives Matter ("Las vidas negras importan") lucha contra la injusticia racial, pero también contra todo aquello que considera una fuente de opresión: la heteronormatividad, el «privilegio cisgénero», el modelo de familia nuclear, el capitalismo, etc.

Pero el problema de fondo es que lo que comienza en los departamentos universitarios, y que temporalmente podría verse como una desviación posmoderna del programa de la izquierda, sin recorrido más allá de cuatro campus, ha terminado, en primer lugar, por devorar a la izquierda, y después, por dispersarse e infectar los consejos de administración de las empresas, las redacciones de los periódicos, los platós de las televisiones, los discursos de los políticos y sus respectivos programas. Empieza como seminario, sigue como consigna en libros, conferencias y artículos y termina en el cuerpo legislativo, mientras las redes sociales son patrulladas por los defensores del credo. Suma y sigue, pues el combate también tiene lugar entre los defensores de la llamada Teoría Crítica de la Raza.

Como explicó recientemente George R. La Noue, profesor de ciencias políticas en la Universidad de Maryland, en un artículo de la revista *Law & Liberty*, «la CRT [Teoría Crítica de la Raza] comienza con la presunción de que la raza es la forma principal de identificar y analizar a las personas y, en consecuencia, postula una jerarquía racial que supuestamente existe, con los blancos en la parte superior y los negros en la inferior. El comportamiento individual resultaría insignificante porque todos en EE.UU. funcionan dentro de una sociedad de racismo sistémico, de racismo estructural y racismo institucional».¹¹

No en vano, añadía La Noue, «todos los blancos deben admitir su culpabilidad confesando las ventajas que les confiere la supremacía blanca. El no hacerlo refleja la «fragilidad blanca», una actitud defensiva instintiva que se dice que los blancos muestran después de haber sido entrena-

11 La Noue, George R.: «Can Academic Freedom Survive Critical Race Theory?», *Law&Liberty*, 10 de junio, 2021.

dos sobre su complicidad con el racismo. En consecuencia, los individuos blancos no pueden esconderse detrás de ningún historial personal de no discriminación o de su conveniencia con las leyes o políticas de raza neutral porque la acción colectiva de su raza ha sido opresiva. Los blancos deben apoyar las políticas antirracistas que requieren diversas formas de preferencias raciales para los no blancos en una variedad de campos durante un período indefinido».¹²

Lo que todas estas luchas tienen en común es que empezaron como campañas de defensa de los derechos humanos. Por eso han llegado tan lejos. En un momento dado, sin embargo, todas descarrilaron. Además, no satisfechos con ser iguales, los defensores de estas «minorías oprimidas» decidieron arrogarse una posición insostenible como «mejores personas». Algunos afirmaron que su objetivo consistía sencillamente en ocupar una posición «mejor» durante cierto tiempo para compensar un desequilibrio histórico. Afirmaciones como esta fueron habituales tras los inicios del MeToo. Como dijo un presentador de la CNN, «puede que estemos ante una sobrecorrección, pero no pasa nada. Venía siendo hora de rectificar». Hasta el momento, nadie ha explicado cuánto tiempo tiene que durar esta sobrecorrección ni quién tiene derecho a darla por terminada.

Lo que sí sabemos es lo que puede llegar a pasarnos si rozamos una de estas minas recién colocadas: los insultos de «intolerante», «homófobo», «sexista», «misógino», «machista», «supremacista blanco», «racista», «fascista» y «tránsfobo» no serían más que el principio. Las batallas legales de nuestro tiempo giran en torno a estos temas altamente tóxicos y virulentos. Entretanto, estos derechos han dejado de ser el producto de un sistema y se han convertido en los cimientos de otro, uno en el que, para que no quepa duda de su afiliación, las personas deben presentar sus credenciales y establecer claramente sus obligaciones para que no haya dudas sobre su pertenencia. ¿Cómo demuestra uno su virtud en este nuevo mundo? Siendo «antirracista», obviamente contra la raza blanca; declarándose «aliado» de

12 Ibídem.

la causa LGTBI, por supuesto; y expresando con golpes de pecho, ya sea uno hombre o mujer, su deseo de derribar el patriarcado.

En todos estos asuntos encontramos cada vez más personas que creen que, porque la ley está de su lado, el consenso se da por sentado y la cuestión por indiscutible. Lo cierto es lo contrario: ni siquiera es posible llegar a un acuerdo acerca de la naturaleza de aquello sobre lo que se debate. Cada una de estas cuestiones es enormemente más compleja y enrevesada de lo que muchos están dispuestos a admitir. A decir verdad, cuesta imaginar una base más precaria para la armonía social.

Esta es la razón principal de todas las declaraciones desagradables que se suceden tanto en la vida real como en Internet. Nos están pidiendo que demos un salto que no sólo no se puede dar, sino que puede ir en la dirección equivocada. Nos desafían a creer en lo imposible y nos advierten de que no nos opongamos a cosas (como darles a los niños bloqueadores de pubertad y hormonas cruzadas que provocan atrofia vaginal e infertilidad y que multiplican el riesgo de infarto, trombos, y tumores) a las que la mayoría de la gente se opondría categóricamente.

Saber que lo que se espera de nosotros es que callemos ante ciertos asuntos y que realicemos un acto de fe ciega con respecto a otros provoca una desazón insoportable, sobre todo porque los problemas que de ello se derivan (incluidas las contradicciones internas) son demasiado evidentes. Como sabe cualquiera que haya vivido bajo un régimen totalitario, hay algo humillante y hasta suicida en tener que asumir consignas que ni se creen, ni se pueden creer. Si nos pidieran aceptar que todas las personas son igualmente valiosas y merecen el mismo valor, todos podríamos estar de acuerdo. Pero si se nos pide que creamos que los homosexuales y los heterosexuales, los hombres y las mujeres, el racismo y el antirracismo son equivalentes, eso es como introducirse en una noche en la que todos los gatos son pardos. Esa confusión –o locura de masas– es algo que nos atrapa y de lo que no podemos liberarnos.

En ciertos aspectos puede considerarse la ideología woke como una nueva ola del movimiento de la corrección política, que desde los años 80 pretende «descolonizar» la universidad estadounidense. Había que prescindir de Homero, Platón, Aristóteles, Shakespeare y muchos otros porque su abrumadora presencia margina los conocimientos y las perspectivas minoritarias, con las cuales sería posible llevar a cabo una revolución epistemológica y política contra la civilización occidental. Había que imponer una nueva relación con el mundo.

En 1991, *New York Magazine* le dedicó su portada al entonces nuevo fenómeno, junto a un artículo de John Taylor titulado «Are You Politically Correct?». ¹³ Fueron los años en los que se empezaron a purgar los currículos de humanidades para aligerarlos de las obras de lo que les dio por calificar como una colección de «hombres viejos blancos». Purgas que uno de los testigos de su emergencia, el historiador François Furet, no dudaba en calificar como el «último intento de las utopías de regeneración de la sociedad». ¹⁴

El término «políticamente correcto», sin embargo, ya había hecho su aparición unos cuantos años antes. La URSS de Stalin, por ejemplo, empleaba la expresión «politicheskaya pravilnost», corrección política, con connotaciones positivas como un medio de controlar a su población. Y del uso oficial pasó al uso literario en dos escritores que habían conocido de primera mano el totalitarismo comunista: el ruso Vladimir Nabokov y el polaco Czesław Miłosz.

Nabokov usó el término «políticamente incorrecto», dándole su significado actual, ya en su novela de 1947, *Barra Siniestra*, ¹⁵ que transcurre en un régimen totalitario imaginario donde, según informa la prensa controlada por el Estado, «algunas organizaciones eran bastante malas y hoy están prohibidas», son «organizaciones políticamente inco-

13 Taylor, John (1991): «Are you politically correct?» *New York Magazine*.

14 Serrano Oceja, José Francisco: «El mundo woke y la cultura de la cancelación al desnudo», *Religión Confidencial*, 28 de marzo de 2022.

15 Nabokov, Vladimir (2021): *Barra siniestra*, Barcelona, Anagrama.

rrectas», esto es, desviadas de la «verdad» oficial establecida por el Estado.

Seis años después de que el ruso Nabokov empleara el término, fue el polaco Miłosz quien utilizó la expresión polaca «poprawny politycznie» («políticamente correcto») en su obra *La mente cautiva*.¹⁶ Allí la emplea en el contexto de la censura por parte del régimen comunista cuando, refiriéndose a un escritor, señala que «aun así, un tema políticamente correcto no le habría salvado del ataque de los críticos si estos hubieran querido aplicar criterios ortodoxos, porque describió el campo de concentración tal y como lo había visto personalmente, no como se suponía que había que verlo», poniendo de manifiesto un aspecto clave de este fenómeno: el abismo que separa lo «políticamente correcto» de la realidad.

Rara vez se señala cuál es el origen del presente estado de cosas. A lo largo del siglo pasado, las esperanzas preconizadas por todas las ideologías políticas se vinieron abajo. A finales del siglo XX entramos en la era posmoderna, una era que se define y ha sido definida por su desconfianza hacia los grandes relatos.¹⁷ Sin embargo, hasta los niños saben que la naturaleza aborrece el vacío, y, efectivamente, en el vacío posmoderno empezaron a proliferar nuevas ideas que aspiraban a proponer sus propios anhelos y esperanzas.

Era inevitable que el terreno que había quedado vacío se convirtiera en objeto de disputa. Las sociedades ricas y democráticas de Occidente no podían ser las únicas en toda la historia que no pudieran contestar a la pregunta de qué hacemos aquí, cuál es la finalidad de todo esto. Fueran cuales fuesen sus defectos, los grandes relatos del pasado por lo menos daban sentido a la vida. La pregunta de cuál es nuestro propósito en este mundo -aparte de enriquecer-

16 Miłosz, Czesław (2016): *La mente cautiva*, Barcelona, Galaxia Gutenberg.

17 Cfr. Lyotard, Jean-François (2000): *La condición posmoderna. Informe sobre el saber*, trad. Mariano Antolín Rato, Madrid, Cátedra, p. 73.

nos todo lo que podamos y disfrutar mientras sea posible-necesitaba algún tipo de respuesta.

A pesar de que sus cimientos se asentaron hace unas cuantas décadas, la crisis financiera de 2008 provocó que ciertas ideas que hasta entonces sólo eran conocidas dentro de los reductos más oscuros de la academia pasaran a primer plano. La interpretación del mundo a través de la lente de la «justicia social», la «política identitaria» y la «interseccionalidad» fue quizá el esfuerzo más audaz por crear una nueva ideología desde el fin de la Guerra Fría.

Hasta el momento, la idea de la «justicia social» ha sido la que ha cosechado mayor fortuna, ya que a primera vista puede parecer atrayente (y, en algunas de sus formulaciones, sin duda lo es). La «justicia social» constituye un concepto complejo que la ideología woke ha amoldado a sus intereses buscando, en la mayoría de los casos, espolear el sentimiento de indignación que en determinadas situaciones puede anidar entre las clases más desfavorecidas. Pero, sin olvidar que el wokismo no pretende el crecimiento de las personas, sino que para él las clases bajas son simplemente una herramienta que utilizar para alcanzar de la manera más rápida posible el sillón presidencial. De ahí su irrefutable interés en controlar la educación.

La «política identitaria», por su parte, se ha convertido en el terreno donde la justicia social encuentra a sus valedores, ya que atomiza a la sociedad en distintos grupos de interés en función del sexo (o el género), la raza, la orientación sexual y demás. Parte de la premisa de que estas características son los principales (acaso los únicos) atributos que posee un individuo y que llevan aparejado algún tipo de valor añadido. Se presupone, por ejemplo, que el hecho de ser negro o gay comporta, tal y como ha manifestado el escritor estadounidense Coleman Hughes, una «superioridad moral».¹⁸

18 Coleman Hughes en conversación con Dave Rubin, *The Rubin Report*, YouTube, 12 de octubre de 2018.

El miembro menos agraciado de esta trilogía es el concepto de «interseccionalidad», que nos invita a pasar el resto de nuestras vidas intentando conceptualizar las identidades y vulnerabilidades propias y ajenas para luego posicionarnos dentro del sistema de justicia que resulte de la jerarquía en modificación constante que descubramos. Además de inviable, se trata de un sistema demencial que plantea reivindicaciones imposibles en pos de fines inalcanzables. Aun así, la interseccionalidad ha salido de los departamentos de ciencias sociales donde se fraguó, ha sido tomada en serio por toda una generación de jóvenes y, como veremos, se ha integrado en empresas y gobiernos a través de la legislación laboral (en concreto, a través de la «atención a la diversidad»).

Para inocular estos nuevos presupuestos ha sido necesario delinear nuevas estrategias que se han convertido en mayoritarias a una velocidad vertiginosa. Tal y como señala el matemático y escritor Eric Weinstein, términos como «LGTBI», «privilegio blanco» y «transfobia» han pasado de tener un uso marginal a convertirse en mayoritarios. A propósito de una gráfica en la que se muestra este crecimiento, Weinstein explica que los «elementos de concienciación» que los «millennials» y otros grupos utilizan para «acabar con milenios de opresión y/o civilización (...) se inventaron hace apenas veinte minutos». Y añade que, si bien no hay nada malo en buscar nuevas ideas y consignas, «hay que ser condenadamente imprudente para depositar tal grado de confianza en tantas estrategias no verificadas en ámbitos que no tienen ni cincuenta años de antigüedad».¹⁹

Greg Lukianoff y Jonathan Haidt se expresan de forma parecida, en su libro *La transformación de la mente moderna*, al hablar de los nuevos métodos de supervisión e imposición de estas estrategias. Expresiones como «detonante», «ofensivo», «sensación de inseguridad» y las alegaciones de que las palabras que no encajan con la nueva religión resultan «perjudiciales» y «dañinas» sólo empezaron a ga-

19 Véase la gráfica en: www.twitter.com/EricRWeinstein/status/106693442480405708.8.

nar relevancia a partir de 2013.²⁰ Es como si, tras haber averiguado lo que quería, la nueva religión hubiera necesitado media década más para conquistar una posición hegemónica. Pero lo ha conseguido, y con creces.

Cuando vemos la realidad a través de estos nuevos lentes, todo se convierte en un arma arrojadiza y las consecuencias pueden hacernos perder los nervios y el juicio. Solo así se entiende que *The New York Times* decidiera publicar un artículo de un autor negro titulado «¿Pueden mis hijos ser amigos de los blancos?»,²¹ o una columna sobre las muertes de ciclistas en Londres escrita por una mujer que aparecía con esta entrada: «Las calzadas proyectadas por hombres matan a las mujeres».²² Esta clase de retórica exacerba las diferencias existentes y crea otras nuevas. ¿Y para qué? En lugar de ayudarnos a llevarnos mejor, las enseñanzas de la última década parecen abundar en la idea kantiana de la «insociable sociabilidad», es decir, de que somos poco menos que incapaces de convivir unos con otros, aunque nos necesitemos unos a otros.

«La mayoría de las personas –expone muy gráficamente Douglas Murray– han cobrado conciencia de este nuevo sistema de valores no tanto a través del ensayo como a través del error. Porque algo que todo el mundo ha empezado a detectar en los últimos años es que nuestro entorno cultural se ha convertido en un campo de minas. Da igual que quienes las hayan colocado sean individuos, colectivos o gente con ganas de gastar una broma pesada, el caso es que están ahí, a la espera de que alguien las pise. A veces, uno coloca el pie inadvertidamente encima de una y vuela en pedazos; otras, aparece un loco que camina directo ha-

20 Haidt, Jonathan y Lukianoff, Greg: *La transformación de la mente moderna. Cómo las buenas intenciones y las malas ideas están condenando a una generación al fracaso*, trad. Verónica Puertollano, Deusto, Barcelona, 2019, pp. 25-28 y ss.

21 Ekow N. Yankah: «Can my children be friends with white people?», *The New York Times*, 11 de noviembre de 2017.

22 Helen Pidd: «Women shun cycling because of safety, not helmet hair», *The Guardian*, 13 de junio 2018.

cia la tierra de nadie con plena conciencia de sus acciones. Después de cada detonación, llegan los comentarios (con algún que otro «oh» de admiración) y luego el mundo sigue su curso, aceptando que el extraño y a todas luces improvisado sistema de valores que rige nuestra época se ha cobrado una nueva víctima».²³

Los derechos de las mujeres, como los derechos de los homosexuales, crecieron afortunadamente en reconocimiento a lo largo del siglo XX y parecían alcanzar un punto de equilibrio, pero justo cuando el tren llegaba a su destino, de repente aceleró, pasó de largo y desapareció en la distancia, tras un ruido atronador. Cosas que no eran polémicas hasta el día anterior, se convirtieron repentinamente en motivo para destrozar la vida de alguien. Múltiples carreras fueron hechas pedazos bajo las ruedas del convoy.

Carreras como la del profesor Tim Hunt, galardonado con el premio Nobel, que a los 72 años vio cómo su trayectoria quedaba dinamitada por culpa de una lamentable broma sobre las relaciones amorosas entre hombres y mujeres en el laboratorio, pronunciada durante un congreso en Corea del Sur.²⁴ Expresiones como «masculinidad tóxica» han pasado al uso común. ¿Qué mérito tiene haber convertido las relaciones entre sexos en algo tan angustioso como para que la mitad masculina de la especie sea vista como un agente cancerígeno? ¿Qué justificación fundamenta haber difundido la idea de que los hombres no tienen derecho a hablar sobre el sexo femenino? ¿Por qué, cuando las mujeres habían roto más «techos de cristal» que nunca antes en la historia, términos como «patriarcado» y «heteronormatividad» salieron de los márgenes del feminismo para introducirse en espacios como el Senado australiano?²⁵

23 Murray, Douglas (2020): *La masa enfurecida: Cómo las políticas de identidad llevaron al mundo a la locura*, Barcelona, Península, p. 11.

24 Cfr. la entrevista de Robin McKie a Tim Hunt: «I've been hung out to dry», *The Observer*, 13 de junio de 2015.

25 Véase el rifirrafe entre la senadora Katy Gallagher y el senador Mitch Fifield durante la sesión del Senado de Australia del 11 de febrero de 2016.

De forma similar, el Movimiento por los derechos civiles estadounidense, una lucha larga para extender el acceso pleno a los derechos civiles y la igualdad ante la ley a los grupos que no los tienen, sobre todo a los ciudadanos afroamericanos, parecía avanzar hacia una deseada resolución, pero entonces, cuando estaba a punto de conquistar la victoria, todo se torció. Cuando todo parecía estar mejor que nunca, la retórica woke comenzó a insinuar que las cosas nunca habían estado peor. Cuando la mayoría creía que el problema se había solventado, todo se enquistó por la cuestión de la raza. Y como ocurre con todos los procesos cancerosos, las células comenzaron a dividirse y a crecer descontroladamente.

Sin solución de continuidad, nos adentramos en el territorio más pantanoso de todos: el de quienes afirman que entre nosotros hay un número considerable de personas que viven en un cuerpo equivocado y que, por tanto, las pocas certezas que le quedaban a la sociedad (incluidas las certezas arraigadas en la ciencia y el lenguaje) debían ser reformuladas de arriba abajo. Sin la menor duda, el debate sobre la cuestión «trans» es el más sensible. A pesar de que la más reciente de estas discusiones es también la que afecta a menos personas, su batalla se libra con un furor y una virulencia casi sin parangón. Las mujeres que se han posicionado en el bando equivocado han sufrido acoso y derribo por parte de personas que antes eran hombres. Progenitores que expresan lo que hasta ayer mismo era una creencia común ven cuestionada su capacidad para educar a sus hijos. Tanto en el Reino Unido como en otros países, la policía comenzó a citar a quienes se negaban a admitir que los hombres puedan ser mujeres (y viceversa).²⁶

1.2. Ideologización de la Universidad

Es una afirmación comúnmente aceptada que la ideología woke nació en las universidades estadounidenses.

²⁶ Véase el siguiente hilo: [www.twitter.com/HarryTheOwl/status/1088144870991114241](https://twitter.com/HarryTheOwl/status/1088144870991114241)

En las facultades de Letras y Humanidades, el éxito de las ideas woke ha sido deslumbrante. La investigación sobre género, raza, interseccionalidad, decolonialismo y los «estudios de agravios» ocupan casi todo el espacio y conducen a una acusación de toda la cultura occidental. Las voces disidentes son escasas y las amenazas de destierro o «muerte social» desalientan a muchos compañeros: nunca es muy agradable ser tratado, en las redes sociales y en la vida real, como «transfóbico», «sexista», «colonialista» o «racista». Pero, también en las facultades de ciencias y medicina, la ola woke está cobrando impulso. «Los científicos -alerta con razón Jean-François Braunstein- esperan poder seguir trabajando en sus laboratorios y salvarse. Pero quienes han conocido dictaduras totalitarias saben que esto es un error y que las ciencias a su vez pronto se verán afectadas. Parece que la destrucción de la razón y la ciencia es actualmente uno de los objetivos esenciales de los woke. Es preciso reaccionar rápido, después será demasiado tarde».²⁷

Lo cierto es que esta deriva lleva años incubándose en el mundo anglosajón y ha terminado contaminando al resto de Occidente. Se han hecho estudios sobre la ideología de los profesores universitarios en países como Estados Unidos y esas mediciones muestran que los académicos de centroderecha han pasado a ser algo anecdótico. En universidades de élite, las humanidades llegan a emplear a 30 profesores de izquierda por cada profesor que dice ser de derechas. Y, si todos los profesores piensan lo mismo, el adoctrinamiento será mucho mayor y la tolerancia hacia las ideas de cualquier signo será cada vez menor.

La universidad debería ser un foro abierto al debate, pero es precisamente ahí donde estamos viendo ejemplos muy lamentables de sectarismo y adoctrinamiento. La situación es tan preocupante que destacados profesores de Oxford, Princeton y otros centros de élite han decidido lanzar una revista académica que permitirá publicar con pseudónimo. En palabras de Jeff McMahan, profesor de

27 Braunstein, Jean-François (2022): *La Religion Woke*, Paris, Brasset et Fasquelle, p. 141.

filosofía moral en la Universidad de Oxford y uno de los organizadores: «Permitiría a las personas cuyas ideas podrían ponerlos en problemas con la izquierda o con la derecha o con su propia administración universitaria, publicar bajo un seudónimo».²⁸ El *Journal of Controversial Ideas* apareció en abril de 2021. Se trata de una revista interdisciplinaria con revisión por pares. La idea es que, de esta forma, investigaciones o tesis que puedan generar rechazo vean la luz sin desencadenar una persecución contra sus autores. Pero que estemos llegando a estos extremos demuestra hasta qué punto las universidades están en un franco proceso de degeneración.

Los ejemplos de ideologización son muy numerosos. Los cómicos Chris Rock o Jerry Seinfeld han renunciado a actuar en universidades porque allí no pueden, dicen, bromear libremente. El presentador Bill Maher asegura que solía hacer monólogos en fiestas universitarias donde luego se emborrachaba con los estudiantes. En 2014 fue obligado a cancelar su discurso ante los graduados de Berkeley. Lo exigieron 4.000 firmas de alumnos que lo tachaban de islamófobo. Esta «actitud protectora vengativa», en palabras de los investigadores Greg Lukianoff y Jonathan Haidt, puede recortar la libertad de los profesores. Algunos se quejan de forma anónima, en artículos como este: «Soy un profesor progresista, y mis estudiantes progresistas me aterrorizan». Denuncian una atmósfera inquisitorial en la que tienen que medir al milímetro lo que dicen y cómo lo dicen, o pueden acabar igual que los docentes de Evergreen State: arrinconados por una marea de gritos y pancartas. «Creo que muchos profesores realmente están preocupados, en el actual clima, de que una declaración que hagan en clase pueda sea denunciada anónimamente y puedan acabar enfrentándose a una investigación o incluso a sanciones por lo que podría haber sido una declaración inofensiva».

El parte de bajas ocasionado por todos estos desmanes va del profesor de química en Cornell, David Collum, a Ha-

28 Rosenbaum, Martin: «Pseudonyms to protect authors of controversial articles», *BBC News*, 12 de noviembre de 2018.

rald Uhlig, profesor de la universidad de Chicago y miembro de la Reserva Federal del Banco de Chicago y del *Journal of Political Economy*, que tuvo la mala idea de criticar el movimiento Black Lives Matter, el profesor W. Ajax Peris, de la Universidad de California en Los Ángeles, acusado de racista por leer en clase la «Carta de la cárcel de Birmingham», de Martin Luther King, que contiene la palabra «nigger», o el profesor de Física Teórica de la Universidad de Michigan, Steve Hsu, acusado de «racista» y «sexista» por sus propios estudiantes.

La Asociación Nacional de Académicos, una organización sin ánimo de lucro que «defiende los estándares de una educación que fomenta la libertad intelectual» y «la libertad académica de los miembros de la facultad», mantiene una lista, permanentemente actualizada, aunque incompleta, de profesores, personal administrativo y estudiantes «cancelados» por sus opiniones. El primero en la lista es nada menos que el gran Edward O. Wilson, padre de la sociobiología, acusado en 1975 contra toda evidencia de sostener posturas que algunos tildaron de racistas.

Entre los académicos laminados por defender posturas incómodas o, en algunos casos, directamente impresentables, hay otros, muchos, represaliados por defender los postulados científicos más elementales. En opinión de los responsables de la organización, «la amenaza a la libertad académica es obvia: cuando aquellos dentro de la academia son incapaces de contradecir la ortodoxia progresista, desaparece la búsqueda desinteresada de la verdad. La erudición razonada se cambia por el sustituto barato e insípido del activismo político. Y a la larga, la propia educación superior muere».

La cruzada no solo apunta al presente. El 2015 el grupo Liga Negra de la Justicia, en la Universidad de Princeton, exigió al rectorado que denunciase públicamente al expresidente Woodrow Wilson, que da nombre a una facultad, por haber aplicado la segregación racial en su Gobierno hace un siglo. Otro objetivo común de la ira es Andrew Jackson, que poseía esclavos, o Thomas Jefferson, cuya efigie

suele amanecer con la etiqueta de «racista», «violador» o «esclavista» en los campus del país.

Una universidad sueca ha estudiado la orientación ideológica de los periodistas europeos. En España, lo hizo de la mano de la Universidad Rey Juan Carlos. Las conclusiones son demoledoras. El 50% se identificaba abiertamente con la izquierda y el 50% restante, con el centro. El porcentaje de periodistas que reconocía ser de derechas era ínfimo.

En 2018, Boghossian, Lindsay y Helen Pluckrose consiguieron publicar un artículo titulado «Reacciones humanas a la cultura de la violación y la performatividad 'queer' en áreas de juego para perros de Portland, Oregón» en una revista de «geografía feminista». El artículo afirmaba que el sexo entre canes en los parques de Portland era una prueba más de la «cultura de la violación», concepto en el que por entonces muchos estudiantes y académicos empezaban a ver una fecunda vía de estudio de nuestras sociedades. Poco después, los mismos autores publicaron un artículo titulado «Nuestra lucha es mi lucha» en una revista de «trabajo social feminista»; el supuesto estudio era un pastiche donde se mezclaban pasajes de Mein Kampf con la jerga de la teoría de la justicia social feminista. En un tercer artículo, aparecido en la revista Sex Roles, los autores aseguraban haber dedicado dos años a estudiar, mediante el método del «análisis temático del diálogo de sobremesa», por qué los varones heterosexuales iban a comer a los restaurantes de la cadena Hooters. Una vez desvelado el engaño, la reacción general por parte de los colegas de los autores consistió (aparte de en retirar los artículos) en tratar de expulsar a Boghossian de la universidad en la que trabajaba.

Las parodias de Boghossian y sus colegas pusieron de manifiesto algo sumamente grave: no solo quedaba acreditado que esos ámbitos académicos se han convertido en terreno abonado para el fraude, sino también que todo puede decirse, estudiarse o defenderse, siempre y cuando encaje dentro de las teorías y los presupuestos de un determinado campo y utilice su atroz lenguaje. Casi todo puede decirse, siempre y cuando se afirme que vivimos en

una sociedad patriarcal, en una «cultura de la violación» homófoba, transfoba y racista; siempre y cuando se condene la sociedad propia y se ensalce alguna otra (de las que figuran en una lista autorizada). Casi todo puede entrar a formar parte del canon de esa ilegible y raramente citada biblioteca académica, siempre y cuando uno crea en la pirámide de la opresión y esté dispuesto a divulgarla.

La situación educativa de las universidades en Estados Unidos –en donde, según las estadísticas, el 50 % de los jóvenes pasan por los colleges–, tal y como la han descrito los expertos, es la responsable, según Lukianoff y Haidt, del triunfo de tres grandes falacias, entendiendo por tales aquellos planteamientos que contradicen la sabiduría secular y las modernas investigaciones psicológicas en torno al bienestar humano, y perjudican por lo tanto a los individuos y a las comunidades de que forman parte. Se trata de la «falacia de la fragilidad», la «falacia del razonamiento emocional» y la «falacia de nosotros *versus* ellos». Dicho de otra manera, que lo que no te mata te hace más débil; que siempre hay que confiar en los sentimientos de uno mismo; y que la existencia se libra a base de una batalla constante entre los buenos y los malos.²⁹

Un grupo estudiantil de la Universidad de California exigió que la novela *El Gran Gatsby* fuese marcada como inadecuada para personas que hayan sufrido algún tipo de abuso, ya que sus páginas describían un comportamiento misógino. Las obras de Virginia Woolf o William Shakespeare serían igualmente perjudiciales para la salud mental, y habría que colocarles carteles como si fueran campos de minas. Los «espacios seguros», creados de forma temporal para que estudiantes gais o transexuales pudieran expresarse sin ser discriminados, amenazan con establecer una «segregación cultural de facto», en palabras del sociólogo Frank Furedi: lugares donde sólo está permitida la entrada a personas de determinada sexualidad o color de piel.

29 Haidt, Jonathan y Lukianoff, Greg: *La transformación de la mente moderna*, op. cit., pp. 17-18.

Un grupo de estudiantes de Derecho de Harvard, por ejemplo, pidió a sus profesores que dejaran de utilizar el término «violar», como «violar la ley», porque sus reminiscencias de agresión sexual podrían ultrajar a algunos alumnos. La Universidad de New Hampshire publicó en 2013 un manual de «lenguaje sin sesgos» para que profesores y estudiantes aprendieran a dejar de usar las palabras «como una forma de violencia». Así, ya no se debería decir «pobre», sino «persona que vive bajo el umbral de la pobreza»; los mayores serían «personas de edad avanzada»; una persona de color, «una persona afrodescendiente»; un rico, «una persona de riqueza material», y así sucesivamente.

1.3. Definición etimológica y real

Para comenzar, resulta necesario clarificar el significado de ciertos vocablos vinculados con el término *woke*. La cultura de la cancelación es un neologismo que designa a un cierto fenómeno consistente en retirar el apoyo moral, financiero, digital e incluso social, a aquellas personas u organizaciones que se consideran inadmisibles, como consecuencia de determinados comentarios o acciones,³⁰ independiente de la veracidad o falsedad de estos,³¹ o porque esas personas o instituciones transgreden ciertas expectativas que sobre ellas había.

Se ha definido como «una apelación a boicotear a alguien –usualmente una celebridad– que ha compartido una opinión cuestionable o impopular en las redes sociales».³² El término *cancel culture* o *cancelling* comenzó a utilizarse

30 Cfr. Bromwich, Jonah Engel: «Everyone is Canceled», *The New York Times*, 28 de junio de 2018; cfr. también: Gisèle Sapiro: ¿Se puede separar la obra del autor?, diagnosticocultura.com

31 Mocerí, Alana: «¿Cómo definir la cultura de la cancelación y su ataque contra el debate matizado?» -Esglobal - Política, economía e ideas sobre el mundo en español, 5 de agosto de 2020.

32 Musariri, Dorothy: «How cancel culture attempted to silence Jamelia and Kanye West», *The New Statesman*, 15 de noviembre de 2016.

en 2015, pero cobró mayor popularidad a partir de 2018.³³ Si bien es un tipo de política que tiene su origen en las primeras fases de la Alemania Nazi hacia los judíos y quienes no participaban del nacional-socialismo.³⁴ Estamos, por tanto, ante una ideología profundamente arraigada en las experiencias totalitarias del siglo XX, con sus seguidores, sus vanguardias, sus rituales de odio y denuncia, su pretensión de «reeducar», sus preceptos indiscutibles y, sobre todo, la legitimación de la violencia revolucionaria como catarsis, no sólo perdonable sino deseable, ya que se ejerce por el bien supremo de la transformación de la sociedad.

En política ya está todo inventado, basta estudiar. El wokismo a menudo se envuelve en el ropaje de un antifascismo completamente vaciado de contenido. No vemos nunca a los autoproclamados antifascistas donde la opresión es real, en las calles de Hong Kong, alrededor de los campos de concentración en Xinjiang, en las cárceles de Teherán, en los centros de tortura de la policía chavista. Su campo de batalla son las democracias. Hay que ser claros: definirse antifascistas hoy no significa absolutamente nada.

La cancelación implica juzgar con criterios de hoy lo que pertenece al pasado, así como enjuiciar desde un punto de vista ideológico aquello que es ajeno a las ideologías. Pero en el fondo la cultura woke se traduce en una sumisión acrítica ante la corrección política mediante una culpabilización de los grandes personajes y momentos de la civilización occidental de base cristiana. Esto lleva a sus ideólogos a querer imponer que una persona blanca no pueda traducir la obra de una poetisa de raza negra o que se fomente la persecución furibunda contra un personaje que ayudó a miles de nativos americanos como San Junípero Serra, a quien acusan de «racista» y «esclavista».

33 Kinos-Goodin, Jesse: «Have we hit peak cancel culture?». Puede verse en: www.cbc.ca/radio/q/blog/have-we-hit-peak-cancel-culture1.4944521, 3 de diciembre de 2018.

34 Mortimer, Gavin: «How the Nazis pioneered 'cancel culture'», *The Spectator*, 29 de junio de 2020.

La ideología woke pone en el centro de su paradigma la identidad. Es decir, la idea de que nos configuramos políticamente mediante una identidad, y que es nuestra identidad lo que nos da esa estancia política. Las políticas de identidad han tenido un papel creciente, como sabemos, a lo largo de los últimos 20 años y digamos que han desplazado a otras ideas de libertad o de compromiso político. Uno de los términos más comunes de la izquierda identitaria es woke, que originalmente proviene de los movimientos de emancipación y liberación negros, y se refería a no ser ingenuo y saber cómo tratar a la policía, a gente sospechosa, cómo moverse por la ciudad y lugares hostiles. La cultura woke hace un llamamiento a estar despierto: el vocablo woke viene del inglés vernáculo afroamericano y se refiere a estar despierto y atento a las posibles injusticias sociales que suceden a nuestro alrededor. Estas injusticias no necesariamente son explícitas sino muchas veces son simbólicas, microagresiones, micromachismos, microrracismos, etc.

A mediados del siglo XX, woke se extendió de forma metafórica para referirse a estar «consciente, alerta» o «bien informado» en un sentido político o cultural. Por ello, resulta especialmente interesante que la primera cita de «woke», como adjetivo en sentido figurado, proceda de un artículo publicado en 1962 por el novelista afroamericano William Melvin Kelley en *The New York Times*, que llevaba por título «If you're woke, you dig it» (si estás atento, lo pillas), que describe cómo los «beatniks» blancos (seguidores de la «cultura beat» que surgió en EE.UU. en la década de los cincuenta con autores como Allen Ginsberg, Jack Kerouac o William S. Burroughs) se apropiaban del argot negro de la época.

En la última década, ese significado se ha generalizado con un matiz particular de estar alerta y tomar conciencia de los problemas sociales y políticos que afectan a los afroamericanos, especialmente los prejuicios raciales y la discriminación. Este matiz ha sido popularizado a través de la letra de la canción «Master Teacher» de Erykah Badu de 2008, en

la que las palabras «I stay woke» sirven de estribillo, y más recientemente a través de su asociación con el movimiento Black Lives Matter, especialmente en las redes sociales.

Tras el asesinato de Michael Brown en Ferguson, Misuri, en 2014, la frase fue popularizada por activistas de Black Lives Matter [“Las vidas negras importan”] que buscaban crear conciencia sobre los tiroteos policiales contra afroamericanos. La expresión se transmitió en Black Twitter y ganó difusión como un meme de Internet, utilizándose con frecuencia por personas que no eran afroamericanas, a menudo para señalar su apoyo a Black Lives Matter. Asociado con la generación Y, el término se extendió internacionalmente y se agregó al Oxford English Dictionary en 2017. Este uso ya consolidado de woke, y predominante en los últimos tiempos, se ha convertido en un emblema de las formas en que la cultura y el lenguaje de los negros estadounidenses son adoptados por personas no negras que no siempre aprecian su contexto histórico y cultural completo.

Aunque en un principio, woke era una llamada a la responsabilidad, después de su popularización operada en los últimos años gracias al movimiento Black Lives Matter, se ha pervertido y ha pasado a ser una etiqueta de arrogancia y superioridad moral, cuando no simplemente un meme inofensivo. El *Urban Dictionary* dice que es «un estado de superioridad intelectual autopercebida que uno obtiene al leer el Huffington Post». ³⁵ Siempre ha tenido connotaciones místicas: no se trata solo de estar concienciado y ser activista, sino de haber sufrido en algún momento de tu trayectoria vital una especie de arrobamiento. Parece algo evangélico, de los cristianos renacidos, de una cultura que aprecia la caída del individuo a los infiernos y su resurgir como alguien nuevo que ha visto la luz

Para la «alt-right» -derecha alternativa, movimiento más o menos heterogéneo de extrema derecha y nacionalista blanco-, woke es un objeto de mofa. Se burla de los SJW o Social Justice Warriors (Guerreros de la Justicia Social) que

35 www.urbandictionary.com/define.php?term=Woke.

usan esta palabra. Sin embargo, los trols de derechas de la alt-right también tienen un término que indica exactamente lo mismo: «red-pilled». Es una referencia a la pastilla roja de Matrix, que te hace ver directamente la realidad y no su simulación edulcorada. Alguien red-pilled es alguien que elige una verdad incómoda antes que una ignorancia falsa y conformista.

Alguien red-pilled es alguien que ha tomado la arriesgada decisión de ver el mundo tal y como es, en lugar de dejarse llevar por el discurso progresista convencional y alienante. El concepto lo explotó la llamada «manosphere», o los grupos de defensa de los hombres. Son grupos misóginos que luchan contra una aparente hegemonía feminista; para ellos, estar red-pilled significa ser consciente de la discriminación que hay en la sociedad contra los varones blancos. Para la alt-right en general, «estar red-pilled significa abandonar el progresismo como una mentira –según la periodista Michelle Goldberg–. Significa tratar los propios prejuicios como intuiciones más que como distorsiones que hay que superar».³⁶

Lo cierto es que, para 2020, numerosos partidos del centro político y la derecha de varios países occidentales usaban el término woke, a menudo de manera irónica, como descalificación hacia ciertos movimientos e ideologías progresistas o de izquierda percibidos como demasiado entusiastas, hipersensibles, agitadores o poco sinceros. A su vez, algunos comentaristas llegaron a considerarlo un término ofensivo con asociaciones negativas para quienes promueven ideas políticas que involucran identidad y raza.

Durante 2021, woke se usó casi exclusivamente de modo peyorativo, y los usos más destacados de la palabra presentaban una connotación despectiva.³⁷ Aunque en español no tiene una traducción asentada y generalmente se usa el término inglés crudo, destacado en cursiva o entrecomilla-

36 Goldberg, Michelle: «How the Online Left Fuels the Right», *The New York Times*, 11 de mayo de 2018.

37 *El Mostrador*: «Cultura de la cancelación: el debate en torno a si podemos separar a la obra de su autor», 16 de abril de 2021.

do al ser un extranjerismo, nosotros lo consignaremos con fuente regular o redonda, sin ningún distintivo, por la continua inclusión del mismo. Una traducción propuesta por la RAE para woke es «concienciado».

Según Elijah Watson, editor de noticias y cultura del sitio web de música estadounidense Okayplayer y autor de una serie de artículos titulados «El origen de woke», el acuñador del término comúnmente reconocido es el novelista William Melvin Kelley. En 1962, publicó un ensayo en el *New York Times* titulado «If You're Woke, You Dig It»³⁸ ("Si estás despierto, lo entiendes"). El término resurgió en la última década con el movimiento Black Lives Matter, que nació por el rechazo a la brutalidad policial hacia personas afrodescendientes. Pero esta vez su uso se difundió más allá de la comunidad negra y empezó a ser utilizado para significar algo más amplio.

En 2017, el diccionario Oxford agregó esta nueva acepción de «woke», definiéndolo como: «Estar consciente de temas sociales y políticos, en especial el racismo». Debajo de la definición, agrega lo siguiente: «Esta palabra a menudo se usa con desaprobación por parte de personas que piensan que otras personas se molestan con demasiada facilidad por estos temas, o hablan demasiado sobre ellos de una manera que no cambia nada».³⁹ De acuerdo con el diccionario Merriam-Webster, se usa como censura para referirse a alguien políticamente liberal (es decir, socialista o de izquierda) en asuntos de justicia racial y social, especialmente de una manera que se considera irrazonable o extrema.

Para las personas woke, se trata de una forma de protesta no violenta que permite empoderar a grupos históricamente marginalizados de la sociedad y corregir comportamientos, sobre todo de los sectores más privilegiados,

38 Kelley, William Melvin: «If You're Woke, You Dig It», *New York Times*, 20 de mayo de 1962, Section SM, p. 45.

39 «New words notes June 2017». "Oxford English Dictionary" 16 de junio de 2017.

que hasta ahora eran parte del «statu quo» y persistían sin castigo ni cambio. Pero para los críticos es corrección política llevada al extremo, que atenta contra la libertad de expresión y «los valores tradicionales». En síntesis, mientras que para algunos ser «woke» es tener conciencia social y racial, y cuestionar los paradigmas y las normas opresoras impuestas históricamente por la sociedad, para sus críticos describe a hipócritas que se creen moralmente superiores y quieren imponer sus ideas progresistas sobre el resto.

Estos últimos cuestionan, sobre todo, las medidas coercitivas que utilizan estos «policías de la palabra» –así los definen– contra quienes dicen cosas o cometen actos que ellos perciben como misóginos, homofóbicos, transfobos o racistas. En particular, ha generado mucho malestar el uso de un método conocido como la «cancelación»: un boicot social y profesional, que suele realizarse a través de las redes sociales, contra individuos que actuaron o dijeron algo que para ellos es intolerable.

Así las cosas, el término woke se ha convertido en sinónimo de políticas de izquierda o liberales que abogan por cosas como la equidad racial y social, el feminismo, el movimiento LGTBI, el uso de pronombres de género neutro, el multiculturalismo, el uso de vacunas, el activismo ecológico y el derecho a abortar. Políticas con las que, en EE.UU., se asocia el Partido Demócrata del presidente Joe Biden, así como también al ala más liberal que incluye políticos como Bernie Sanders o la congresista Alexandria Ocasio-Cortez.

A juicio de Jorge Soley, autor de la obra *Manual del buen ciudadano para comprender y resistir a la cultura de la cancelación*⁴⁰, ocho son los rasgos que caracterizan la cultura woke:

1º) *El enemigo ya no es el fascismo, es el heteropatriarcado.*

40 Soley, Jorge: *Manual del buen ciudadano para comprender y resistir a la cultura de la cancelación. El libro de los cancelados*, Fundación Universitaria San Pablo CEU, Madrid, 2022.

Una de las primeras claves que ofrece Soley es la descripción de lo woke y sus partidarios como «fanáticos que alardean de una conciencia social que les impulsa al activismo contra opresiones y privilegios». ⁴¹ El término supera las perspectivas limitadas del «progre» por ser más amplio, «siempre a la búsqueda de un nuevo límite que superar. Sería el hijo del viejo progre, pero hiperactivo y adicto a los alucinógenos deconstruccionistas».

Para Soley, esta nueva corriente haría referencia, supuestamente, «a quien ha ‘despertado’ y tomado conciencia de la verdadera naturaleza de las opresiones que azotan nuestra sociedad», siendo el heteropatriarcado, la transfobia o la homofobia enemigos a batir.

2º) El otro no es un adversario, sino el mal absoluto.

La principal estrategia de esta corriente es la sospecha que se extiende sobre «quien afirma lo incorrecto en público» o niega lo políticamente correcto y que justificaría que fuese marginado, silenciado e incluso expulsado de su trabajo o universidad.

El procedimiento más extendido es la «demonización» del que discrepa, a través de la simplificación y exageración de sus afirmaciones o la manipulación de las mismas, presentándolas fuera de su contexto. Por ejemplo, si la campaña de carteles dice «rezar ante clínicas abortistas es genial», los woke dirán: «este cartel rompe la convivencia», «es propaganda contra derechos constitucionales», es «repulsiva y asquerosa», «este cartel es una forma de violencia contra las mujeres» (comentarios expresados por políticos españoles de distintas ciudades).

Simplificación, exageración y demonización: las características del discurso woke. Porque para los activistas woke, el adversario «no es alguien equivocado, sino que encarna el mal y es considerado enemigo del pueblo». Se hace imposible confiar en lo que uno piensa o ve, y mucho me-

41 Ibídem, p. 40.

nos en lo que creen sus amigos y familiares: «sólo se puede confiar en los expertos de lo políticamente correcto».

3º) Da igual la realidad, lo importante es estar ofendido.

«Estar ofendido, oprimido, ser víctima es la clave. Poco importa la realidad –hay víctimas reales que son dejadas de lado y privilegiados que construyen su fortuna presentándose como víctimas– sino la condición de víctima en el relato elaborado por la ideología woke», constata. «Presentarse como miembro de un colectivo victimizado le permite juzgar el mundo desde la superioridad moral y poder exigir todo tipo de privilegios.»

4º) La sociedad occidental es culpable y debe arrepentirse.

Son varios los ejemplos que menciona Soley de hombres blancos y heterosexuales que admiten haber sido obligados a asistir a cursos de reeducación sobre un supuesto pasado común a la raza o a los valores de comportamiento occidentales.

Uno de ellos es el estudiante de 24 años Timothy Keiderling, a quien le exigieron asistir a sesiones de formación antirracista en la universidad: «Nos decían lo que teníamos que pensar», confirmó Keiderling, como que «ser blanco es algo de lo que hay que arrepentirse o que la blancura es una forma de pecado estructural». Un caso similar es el del periodista Toby Young, que estudió numerosos cursillos obligatorios de muchas empresas «englobados bajo el nombre de ‘formación sobre el sesgo inconsciente’, supuestamente destinada a enseñar a descubrir como inconscientemente somos racistas, transfobos y patriarcales».

5º) Una pseudorreligión basada en el odio a la razón.

En este sentido, Soley afirma que la cultura woke, al contrario que la cristiana, es una pseudorreligión basada en el odio a la razón. Para el fundamentalismo woke, «cualquier crítica es por definición apología de la opresión y la razón

no es más que un instrumento de dominación, expresión del supremacismo blanco, heteropatriarcal y eurocéntrico».

Por ello, quien no abraza lo woke «se pone del lado del discurso de odio» y no es digno de compasión: «Su corolario inescapable es la cultura de la cancelación y la fiebre iconoclasta de quienes están en el lado correcto de la historia».

6º) *Dogmas, rituales, herejes... y «funcionarios» asalariados.*

De este modo, el autor expone cómo surge un contexto de la cultura woke similar a la religión, fundamentado en afirmaciones dogmáticas «que no se pueden cuestionar», y donde haber nacido blanco «constituye el mayor pecado original».

Esta pseudoreligión contaría, además con «rituales públicos» como los desarrollados por Black Lives Matter, «herejes» a represaliar, como la escritora J. K. Rowling, y profetas, «que desde sus remunerados puestos en departamentos de inclusividad o burocracias estatales y supranacionales nos aleccionan sobre cómo debemos actuar para estar a la altura de esta nueva cosmovisión».

7º) *“Jerarquía y magisterio” en la cultura de la cancelación.*

Jorge Soley explica que la cultura woke tiene «su jerarquía y sus centros magisteriales» y que aspira a convertirse en una religión civil de pleno derecho, «con sus fiestas propias, sus ritos y lugares de culto».

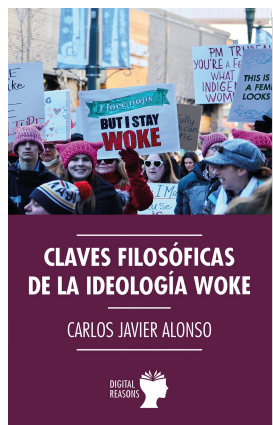
Por ser una «religión política», el wokismo asume los rasgos de las iglesias establecidas y las imita regulando el acceso a los puestos de poder, «reservados a sus creyentes». Por ello, «quienes se niegan a afirmar su compromiso con ellas quedan excomulgados de esta nueva pseudoreligión y ven cómo se les cierra el acceso a una profesión respetable».

8º) *Humillación, ausencia de perdón y victimismo: sus castigos.*

Además, la cultura de la cancelación impone una homogeneidad ideológica sin fisuras que se esconde bajo «una fachada de cartón piedra» que es el respeto a la pluralidad. Por ello, esta nueva ortodoxia se basa en la máxima del rechazo al perdón del transgresor, su humillación pública y la condena, ya que «cuando uno es cancelado no hay redención posible y, al contrario que en la buena nueva cristiana, uno queda marcado de por vida: se desconoce el perdón». Como dijo el historiador francés Rémi Brague, con la cultura woke «tenemos mil confesiones, pero sin que haya nunca absolución».⁴²

42 El filósofo Rémi Brague disertó sobre cultura de la cancelación y el desafío woke en el Congreso Católicos y Vida Pública sobre la corrección política, celebrado en la Universidad San Pablo CEU de Madrid, XI-2021.

¿Quieres seguir leyendo?



Acabas de leer la introducción y el primer capítulo de *Claves filosóficas de la ideología woke*, de Carlos Javier Alonso. El libro completo recorre en nueve capítulos las manifestaciones del wokismo —la cancelación, la corrección política, el victimismo, la política de identidad— y rastrea sus raíces filosóficas en el marxismo y el pensamiento posmoderno.

Comprar el libro completo >

bibliotecaonline.es/claves-filosoficas-de-la-ideologia-woke

QUÉ ENCONTRARÁS EN EL LIBRO

- **La cultura de la cancelación.** Orígenes del wokismo en la universidad estadounidense, el caso de Jordan Peterson y otras cancelaciones, y el problema de la censura y la autocensura.
- **Lenguaje, victimismo e intolerancia.** La corrección política, la policía del lenguaje y el lenguaje inclusivo; la discriminación positiva y el «ofendidismo»; los rasgos dogmáticos del wokismo y sus técnicas de imposición.
- **Raza, feminismo y sexualidad.** Racismo, antirracismo y teoría crítica de la raza; la historia del feminismo, del liberal al «queer»; y el debate sobre homosexualidad y transexualidad.
- **Las claves filosóficas.** Las raíces marxistas y posmodernas de la ideología woke y su relación con la ideología de género.

Con numerosos casos reales y una bibliografía básica final. Colección «Argumentos para el siglo XXI».

Digital Reasons

bibliotecaonline.es

pedidos@bibliotecaonline.es

ISBN (papel): 978-84-948502-8-8



Escanea para comprar